

DISCURSO

PRONUNCIADO EN LA CATEDRAL DE QUITO

EL 10 DE AGOSTO DE 1893

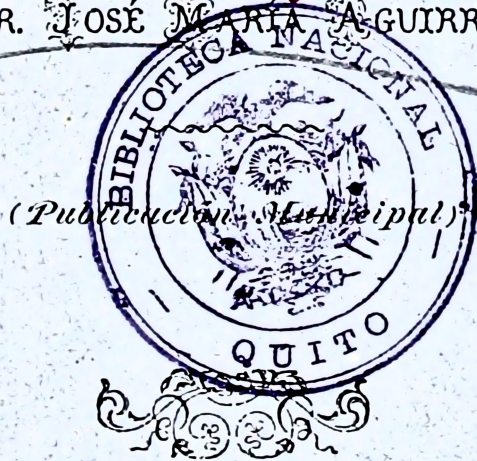
CON MOTIVO DEL 84º ANIVERSARIO

DE LA

INDEPENDENCIA DEL ECUADOR

POR EL

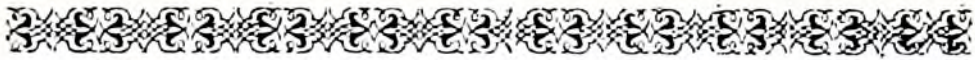
R. P. RR. JOSÉ MARÍA AGUIRRE, O. M.



1893

QUITO

IMPRESA DEL CLERO



AL QUE LEYERE



Refiere la leyenda que, por privilegio especial de los dioses, existía en la antigüedad—patrimonio exclusivo de reyes escogidos—un huerto cerrado cubierto únicamente de plantas peregrinas prometedoras de frutos primorosos. Y allí se erguía el encumbrado cedro, y dorábase el trigo sustancioso, y la emblemática vid prometía su sangre embriagadora. Y junto al gusano que convierte su propio sér en riqueza inestimable, las abejas hacendosas acopiaban miel acendrada de rosas exhuberantes.

Tal nos parece el huerto plantado

por las manos del Serafín de Asís, cuyos dignos hijos, entre los que se cuentan reyes de la inteligencia y el corazón, dan frutos que bien podemos compararlos al añoso cedro, antiguo y firme como la verdad; al trigo sano y alimentoso; al vino fortalecedor; á joyante seda; á sabrosa miel.

Leed, sino, el discurso del sabio cuanto humilde fraile francisco, inserto á continuación, y decidnos si el R. P. Aguirre, abrazado al árbol secular de la Cruz, no se presenta en la Cátedra sagrada como incommovible encina; y, luego, nos alimenta con el pan ázimo de la verdad increada, y nos escancia en copa de oro el vino añejo de su apostólica elocuencia; ya cubre ante nuestra vista con manto de finísima seda las espinas que él sabe cuánto abundan en el sendero que afanosos atravesamos, ya derrama á manos llenas mieles purísimas extraídas de las místicas rosas del Divino Libro en cuyo espíritu se halla embebido y empapado.

Querer hacer un análisis, siquiera fuese somero, del discurso en que nos ocupamos, sería necesidad nuestra. La unción no se explica: se siente, se impone; y, unción, santa unción es el alma que vivifica el discurso. Nos limitamos, pues, á agradecer á nombre del Municipio—cuyos comisionados somos—al R. P. Aguirre, por el singular favor que ha hecho á la Municipalidad franqueándola el discurso que ya fué admirado en la Iglesia Metropolitana. Asimismo agradecemos al Sr. Jefe Político, quien logró recabar el discurso; y, aunque nos apresuramos á publicarlo, el autógrafo será conservado, con la estimación que se merece, entre los más importantes manuscritos de la Biblioteca Municipal.

Quito, Agosto 16 de 1893.

C. CAMILO DASTE,
Secretario Municipal.

DISCURSO

PRONUNCIADO EN LA CATEDRAL DE QUITO,
EL DIEZ DE AGOSTO DE 1893, CON MOTIVO DEL
ANIVERSARIO DE LA INDEPENDENCIA DEL
ECUADOR,

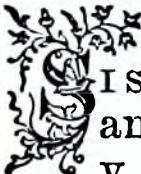
por el R. P. Fr. José María Aguirre, O. M.

~~~~~

*Crevit igitur puer, et ablactatus est:  
fecitque Abraham grande convivium in  
die ablactationis ejus. — (GEN. XXI, 8.)*

Creció el niño y se le destetó; y  
Abrahán hizo un gran convite, para  
festejar el destete. — (GEN. XXI, 8.)

Ilustrísimo Señor,  
Excelentísimo Sr. Presidente de la República,  
Amados hermanos míos en N. Señor Jesucristo:

I se solemniza por los parientes y amigos el aniversario del nacimiento de un hombre, y se dan rendidas gracias al Señor por haberle llamado á la vida, y señaládole un puesto en el mundo, ¿no deberá celebrarse también con grande regocijo público, y con solemnidad reli-

giosa el aniversario del nacimiento político de un pueblo? ¿no deberán los hijos de este pueblo, y aun las naciones amigas congratularse y agradecer al Señor, por haberle llamado á la vida social, y haberle señalado un puesto en el rango de las naciones, á esta Madre ó á esta Hermana, respectivamente? Cuanto excede la vida pública de una nación á la vida particular de un individuo, tanto debe ser mayor la gratitud para con Dios por nuestra independencia política, que por el natalicio de nuestros padres y amigos. Dios quiere que se reconozcan sus dones, y exige acciones de gracias por ellos. Los pecados de los hombres no pueden desvirtuar el don legítimo que sale puro de las manos de Dios. Si un hombre viene á la vida por el pecado de sus padres, esa existencia es un don del Cielo que debe agradecerla. Y así os convenceréis de que bajo cualquier aspecto que se considere nuestra independencia política, ella es un hecho digno de celebrarse, y por el que debemos agradecer á Dios, prescindiendo de las cuestiones políticas que no deben tratarse en la cátedra santa, destinada únicamente á enseñar verdades ciertas é indiscutibles.

La Pascua era la fiesta más grande del pueblo de Dios. Y ¿qué acontecimiento se recordaba en ella? Ah! se celebraba el principio de la vida política de Israel. Dios mandó rigurosamente y bajo severas penas, que cada uno de los Hebreos solemnizase con gran pompa el aniversario de la independencia y libertad de su pueblo. Ordenó que ese día, cada casa se convirtiese en un templo, y cada padre de familia en un sacerdote que debía ofrecer en la mesa de su cenáculo, y rodeado de sus hijos, el sacrificio del cordero pascual, agradeciendo

á Dios, por haber independizado á Israel, mandando á su Angel á media noche, para que con la espada formidable los sacara de Egipto y los encaminara á la tierra prometida. En esa fiesta, mientras cenaban, debía el jefe de la casa, para perpetuar la tradición, referir á sus hijos y domésticos los hechos gloriosos que tuvieron lugar en el día de su independencia, cuando salieron de Egipto. Cómo se abrió el mar rojo para dar paso á los que huían de la servidumbre: cómo la vara de Moisés hizo saltar agua de las rocas del desierto: cómo llovió pan de las nubes del cielo, para alimento de los peregrinos: cómo un Angel en una columna de resplandeciente nube, los guió por los arenales hasta plantarlos en esa hermosa tierra que manaba leche y miel. Y quería tanto el Señor que no se olvidasen estos hechos, que para grabarlos con más fijeza en la memoria del pueblo, mandó á los Israelitas que durante la ceremonia de la Pascua se vistieran de peregrinos, en traje de caminantes, con sandalias en los pies y báculo en las manos, que habían sido las vestiduras que llevaban los padres de la Patria en la noche de su libertad. Más tarde, cuando el pueblo tuvo poetas y artistas, se compusieron himnos nacionales en que se cantaban estas maravillas de Dios; y al concluir la cena pascual debían entonarse en todas las casas estos himnos de acción de gracias, eligiendo, tal vez, de preferencia el salmo *In exitu Israel de Ægipto*, compuesto por David que era el poeta y músico más ilustre que había tenido el Reino. Ved cómo el Señor se precia de sus dones y quiere que le seamos agradecidos. Cumplamos, pues, con este deber religioso, y para acertarlo á cumplir debidamente,

invoquemos antes á aquel virginal Corazón que más que todos, es agradecido á los beneficios del Cielo. — *Ave María.*

*Crevit igitur puer, et ablactatus est: fecitque Abraham grande convivium in die ablactationis ejus.*

Creció el niño, y se le destetó, y Abrahán hizo un gran convite para festejar el destete. — (GEN. XXI, 8.)

Cuando creció Isaac, el hijo de las promesas y de las esperanzas, y estuvo en estado de andar por su pie, dejando los pechos y el regazo maternos; dió Abrahán en su casa un gran convite, para solemnizar la nueva vida de su hijo, á quien se le desataba de los fajos que hasta entonces habían sido necesarios para el crecimiento y buena crianza del niño. Isaac en ese día dejó los pañales y dió los primeros pasos con grande alegría de su padre y regocijo de sus domésticos, aun cuando talvez Sara estaría triste y llorosa por no tener ya á su hijo querido pendiente de sus brazos y de sus pechos. Por lo que hace á mi intento, este niño es el Pueblo Ecuatoriano, el hijo de las esperanzas, el mimado por la Providencia. Y hoy celebramos con solemne fiesta, el día en que por primera vez anduvo por su pie, dejando el regazo de la antigua madre Patria. Agradecemosle ahora al Señor por esta nueva vida que nos dió, diciéndole con David: *Dirupisti vincula mea, tibi sacrificabo hostiam laudis: te ofreceré, oh Señor!* un sacrificio de alabanza, porque rompiste mis cadenas. O más bien dicho, porque soltaste mis ataduras. No eran cadenas de servidumbre las que pesaban sobre



nosotros, porque nunca fuimos esclavos. Eran sí las ataduras necesarias en la infancia de este pueblo, para que creciera y se desarrollara. Y la crianza á tan buenos pechos es el primer beneficio por el que debemos especiales acciones de gracias al Señor.

Cuando Faraón mandó echar en el Nilo á todos los párvulos de los Hebreos, á fin de ahogar en su germen al pueblo de Dios, el bellísimo niño Moisés fué acomodado por sus padres en una cesta de mimbres, y confiado á la inconstancia de las olas. Mas la Providencia dispuso que la cestilla cubierta acertara á pasar delante de la hija del Rey que en ese mismo momento bajaba á orillas del caudaloso río. Mandó á sus camareras que tomaran la cesta, y abriéndola encontró en ella el precioso tesoro, descubrió al gracioso niño que sonriéndose le extendía sus tiernas manecitas. Inmediatamente le cobró amor de madre, y haciéndole criar con el esmero que se debe á un príncipe, le adoptó por hijo suyo, le llevó á palacio y le dió una educación cual convenía al hijo de un rey. Moisés fué el niño mimado de la Providencia. Los pueblos bárbaros y salvajes son como niños arrebatados por las corrientes de la idolatría, y sumergidos en lo profundo de los vicios, en donde se ahogan temporal y eternamente. Este Pueblo Ecuatoriano escondido en el fondo de sus valles y en la espesura de sus bosques, como niño en una cesta de mimbres corría también á su perdición. Mas dió la casualidad que la Reina de las Naciones por entonces, la hija predilecta de la Iglesia, la Católica España se acercara á las playas del Pacífico, y descubriera este gracioso pueblo. Entonces tomándolo en sus brazos, lo sacó de las

aguas turbias que lo arrebatában, y lo adoptó por hijo suyo. Ah! cuánto debemos agradecer al Señor por haber descubierto nuestro suelo esta excelsa Nación! Ese fué el primer día de nuestra libertad, porque nos libró de la barbarie y de la idolatría. Desde entonces, ya no fuimos hijos de la esclava sino de la libre. Esclava, como Agar, es una nación idólatra; y esposa libre como Sara es una nación católica que está ligada con Cristo con el vínculo de la fe. *Itaque fratres, non sumus ancillae filii sed liberae: qua libertate Christus nos liberavit.* (GAL. IV, 31.) Y así, hermanos, en el día del descubrimiento, diré con San Pablo, dejamos de ser hijos de la esclava y pasamos á ser hijos de la libre: y esta primera libertad nos la dió Cristo.

Tres siglos nos llevó la Madre Patria en sus brazos y á sus pechos. Y en esa larga crianza, nos transmitió su sangre, su idioma, sus leyes, su religión. Fuimos criados con muy buena leche, porque España estaba entonces en el vigor de su juventud, en el apogeo de su grandeza. Mas, crecido el niño, natural era la separación. Porque Dios cría á las naciones, dice el Salmista (Salmo LXXIX, 9) como quien planta una viña. Y cuando ésta con el cultivo crece y extiende sus pámpanos muy lejos, es llegada la hora de desgajar algunos sarmientos, y plantarlos con vida independiente, para que se propaguen las uvas. Esto hace la Providencia con algunos pueblos y naciones á quienes elige por instrumentos para la propagación de la fe. En los primeros tiempos del mundo engrandeció al Egipto en letras y en ciencias, para que el vástago de ese pueblo, que eran los israelitas, se alimentara de esa savia; y conse-

guido esto, Dios con la mano de Moisés desgajó el sarmiento y lo plantó en la tierra prometida. Al imperio romano le dió el señorío del mundo haciendo invencibles sus armas, para facilitar la predicación del Evangelio; y cumplida esta misión, se dividió el imperio en un sinnúmero de naciones cristianas. De igual manera, España fué engrandecida en su territorio á tal extremo que en los tiempos de Carlos V, el sol no se ponía en sus dominios: Dios se proponía trasmitir á todos los pueblos de la América del Sur la fe católica de España sin el contagio de los errores del Protestantismo; y conseguido este intento se fraccionó la Monarquía. Sea este el primer motivo de nuestras acciones de gracias en el día de hoy: el haber sido nuestro pueblo sarmiento de tan hermosa viña, y por consiguiente el haber chupado savia tan vivificadora como era la fe purísima de los españoles. Te adoramos, Señor, por habernos dado tan ilustre madre! Y te pedimos que recompenses con bendiciones especiales á esa gloriosa Nación que formó al pueblo ecuatoriano, quien ahora con especialidad te adora y te reconoce por su Rey.

Y si tanto debemos agradecer al Señor por nuestra crianza, por nuestra vida de pechos, ¿qué acciones de gracias le deberemos tributar, por esta nueva vida que nos dió de niños, sí; pero que ya andan por su pie? Fuera del regazo materno, los primeros pasos de un niño son muy débiles y vacilantes, y tiene necesidad de una mano diestra que le sostenga y dirija. Muy hermosa era la figura que hacía el tierno José andando camino del desierto; pero junto á Raquel, y sostenido por su mano, (Gen. xxxiii. 2, 7), de modo que, viéndolo Esaú, se

aplacó de la ira y venganza que tenía concebida contra su hermano Jacob. Este pueblo niño, cuyas glorias celebramos ahora, va dando también sus primeros pasos en la vida política, en el camino del progreso; pero junto á la Iglesia, sostenido por la mano del Pontífice que dirige los destinos del mundo. En ese camino del desierto que iba la familia de Jacob, las esclavas y sus hijos marchaban delante; mas la esposa querida con el hijo predilecto caminaban detrás. Yo quiero convenir, hermanos míos, en que somos el último pueblo de la tierra, en que vamos á la retaguardia de lo que ahora se llama progreso y civilización; no porque seamos bárbaros, sino porque somos niños. Pero ¿qué importa que vayan adelante las esclavas y sus hijos, es decir, que corran por el desierto de esta vida, con sus adelantos materiales, esas naciones que en política han renegado de Dios y de la Iglesia? El niño José no puede correr por su edad; pero va seguro junto á Raquel. ¡Día llegará en que todos sus hermanos se postren á sus pies, aun cuando al principio le llamaban el soñador! No desesperemos ni perdamos la tranquilidad, por no ver todavía cruzado nuestro suelo con caminos de hierro, y por no ser poseedores de las riquezas que en otras partes abundan. Todo llegará á su tiempo, porque el niño debe andar como niño; y si se apresura más de lo que sus fuerzas pueden, desfallece y muere. Sea nuestro principal cuidado no separarnos del lado de Raquel que es la Iglesia, no dejar esa mano firme que nos sostiene. Cumplido este deber, los bienes materiales se nos darán por añadidura.

*Melior est puer pauper et sapiens, rege rene et stulto,* dice Salomón (Eccl. IV, 13), me-

jor es un niño débil é inteligente, que un rey poderoso, pero decrepito. La sabiduría de un niño consiste en no apartarse del lado de su madre. Y Dios ha mantenido siempre á nuestra República junto á la Madre Iglesia. Otras naciones hermanas nuestras crecieron con precocidad; pero soltaron esa mano sagrada que tan seguramente las dirigía, y se extraviaron en el camino del verdadero progreso. Ese extravío lo manifiestan la libertad de cultos, la indiferencia del Estado en materias de religión, la libertad absoluta del pensamiento y de la imprenta, la secularización de la enseñanza y de las rentas eclesiásticas, la hostilidad contra la Iglesia estampadas en sus constituciones y leyes. Fueron en un tiempo muy ricas y poderosas; pero prófugas de la casa del Padre celestial, se repitió con ellas la historia del hijo pródigo: sus riquezas y prosperidad se convirtieron en su daño, envejecieron antes de tiempo. Nuestras leyes, por el contrario, están vivificadas por la savia del catolicismo. En el repartimiento de la herencia de la Madre Patria, nos ha correspondido el mayorazgo, porque es nuestra la fe pura del glorioso pueblo español.

Verdad es que Satanás, enemigo de los hombres y de las naciones, está encolerizado contra el Ecuador, y ha trabajado ya abierta, ya solapadamente, por hacernos tomar el sendero ancho del progreso moderno, persuadiendo á que las teorías del liberalismo son el bello ideal de las Repúblicas; pero no ha conseguido mucho, porque la Nación ecuatoriana lleva escrito sobre su frente el dulce nombre de Jesús, y á ese nombre se ve obligado Satanás á caer en tierra y á huír precipitadamente. La consa-

gración oficial de la República al Santísimo Corazón de Jesús, es como un talismán que nos preserva de todos los males; y parece que nuestro puebló, cual devoto niño, llevara sobre su pecho esa insignia sagrada que dice: “¡Detente! el Corazón de Jesús está conmigo!”

El Salvador, en los días de su vida mortal, fué muy amigo de los niños, y encarecidamente dijo á los Apóstoles: dejad que los párvulos vengan á mí, *sinite parvulos venire ad me*. Y entre todas las naciones, la más pequeñita, que es la nuestra, se ha echado en los brazos de Cristo. ¡Ah Patria venturosa! oye la palabra del Señor: *Nolite timere, pusillux grex, quia complacuit Patri vestro dare vobis regnum*, no temas por ser pequeña, porque la complacencia del Padre celestial consiste en ensalzar á los humildes y engrandecer á los pequeños. Los habitantes de Judea presagiaron la futura grandeza del Bautista, oyendo referir las maravillas de su niñez; y admirados, discurrían en su corazón, diciendo: *quis putas puer iste erit?* ¡qué grande será este niño! La fama repetía en sus ecos, aun en las cumbres de las montañas, las glorias del niño Juan: *super omnia montaña dibulgabantur verba haec*. (Luc. I, 65). Las glorias del Ecuador resuenan también en los confines del mundo, y la voz de este pueblo niño he repercutido desde los Andes hasta la cumbre de los Alpes; porque en el silencio universal, esta voz infantil es la única que se oyó protestar contra las injurias que el liberalismo irrogaba á la Madre Iglesia arrebatándole sus dominios temporales; y todos los buenos católicos y profundos pensadores admirados decían: ¡qué noble y generoso es este pueblo niño! ¡qué glorioso porvenir le espera! *Quis putas*

*puer iste erit.* ¡ Ah, gratitud eterna! á ese ilustre Magistrado, que con sus virtudes heroicas de cristiano fervoroso, supo alcanzar las bendiciones del Cielo para su pueblo, afianzando de esa manera el porvenir de esta República niña, y haciéndola conocer entonces por primera vez en el mundo de las naciones! Ved, pues, que son muchos y muy grandes los beneficios que el Señor nos ha hecho después de nuestra independencia. Y por todos ellos glorifiquémosle en este día.

Mas nuestras acciones de gracias las hemos de tributar principalmente con las obras, haciendo un buen uso de la independencia con que el Cielo nos ha favorecido. Y la primera manifestación de gratitud, será el apartarnos para siempre de las revoluciones cumpliendo con el cuarto mandamiento de la ley de Dios. Porque dice el Señor: Si me amáis guardad mis mandamientos. Y los mandamientos divinos de igual manera que á los individuos, obliga también á las naciones, porque Dios es Criador de los hombres y de los pueblos. Y puesto que hemos dicho que nuestro pueblo es un niño que ahora anda por su pie, diremos también que la base fundamental de la educación de un párvulo es enseñarle el respeto y obediencia que debe á sus mayores. El desconocimiento del origen divino de la sociedad y por consiguiente del poder público, es un error trascendental que vicia en su raíz la educación de los pueblos: de lo cual parece se quejó el Señor por boca de Jeremías, diciendo: “Dos errores ha cometido mi pueblo: negado ha mi soberanía que es la única fuente de todo poder legítimo, y ha proclamado la soberanía de la muchedumbre que, independiente de la mía, es

un algibe roto que no puede contener autoridad alguna.” *Duo mala fecit populus meus: me dereliquerunt fontem aquae vivae; et foderunt tibi cisternas dissipatas quae continere non valent aquas.* (Jerem. II, 13). El Génesis de las naciones es semejante al del hombre. Así como Adán fué hechura de Dios, y el alma de cada hombre es obra inmediata de la Omnipotencia Divina; así también las sociedades civiles son obra de Dios y no provienen del pacto social, y la autoridad pública de los gobernantes que es como el alma de los pueblos, sale de las manos del Padre Omnipotente, de quien se deriva toda paternidad. El asignar otro origen al poder público, es envilecer á las naciones. Y el pobre pueblo es convertido por los revolucionarios en un rey de burlas, á quien le echan sobre las espaldas un pedazo de púrpura que llaman soberanía, incitándole á la rebelión; y después le ciñen la cabeza con corona de espinas, le dan un cetro de caña en la mano, le abofetean y escupen, y doblándole la rodilla por escarnio, le dicen: *Ave Rex!* Salve, oh Rey! Esta es la historia de todas las revoluciones! Este es el escándalo de los tiempos modernos! ¡Ay del que escandalice á uno de estos pequeñitos! dijo el Señor. Si tan grande crimen es inducir al pecado á un niño, ¿qué enorme escándalo será el de los escritores blasfemos, revolucionarios, incendiarios, que corrompen al pueblo con tantos errores? Mejor les fuera no haber nacido, ó ser echados en lo profundo del mar! concluye el Evangelio. Y yo en nombre de Jesucristo les repito esta misma amenaza, porque son mayores que de los otros condenados, los tormentos que les aguardan en la otra vida.



Si en virtud del mandamiento divino, el pueblo está obligado en conciencia á obedecer y respetar á la autoridad pública; ésta, á su vez, tiene este estricto deber de respetar y obedecer á Jesucristo y á su representante aquí en la tierra, que es la Iglesia Católica. Y el cumplimiento de esta obligación sea la segunda obra de acción de gracias con que solemnizamos nuestra independendencia. De la debida subordinación de los poderes públicos depende toda la felicidad de los pueblos. La felicidad de Adán en el Paraíso dependía de esta recta subordinación de sus potencias; y de la inversión de esta orden resultaron todas las desgracias de la humanidad. Adán debía obedecer á Dios; y todas las demás criaturas de la haz de la tierra debían obedecer á Adán. Mientras su voluntad estuvo sujeta á la divina, las pasiones obedecían ciegamente á la razón. Mas cuando el hombre se rebeló contra la Soberanía Eterna, queriendo ser como Dios; vino el terrible imperio de las pasiones que avasallaron á la razón; tuvo lugar una especie de *Comuna* de todas las criaturas visibles contra su rey natural que es el hombre. Y la historia nos enseña que cuando los reyes reconocían la soberanía de Cristo y de la Iglesia, eran amados y obedecidos de sus pueblos. Mas cuando quisieron ser como dioses rechazando todo yugo de autoridad superior á la suya, vino la época de las revoluciones. *Non serviam*, dijeron ellos á Cristo; y los pueblos, que eran las pasiones hasta entonces comprimidas, se alborotaron cual olas hinchadas del mar que no reconocen límites, y volcaron tronos y ahogaron dinastías. Ay! muy bello era á la vista y muy sabroso al paladar el árbol prohibido de la ciencia; pero tenía ocul-

to en su médula el veneno que debía introducir la muerte en el mundo. Muy halagadora y llena de encantos es la absoluta soberanía de las naciones, sin sujeción al Evangelio ni á la Iglesia; pero es el tósigo mortal para la vida de los pueblos.

Nuestro Señor Jesucristo es el príncipe de los reyes de la tierra. El Padre Eterno ha puesto debajo de sus pies á todas las criaturas, y siendo cada nación una verdadera criatura, todas ellas están sujetas al imperio del Salvador. San Juan en el Apocalipsis (xix, 16), le vió á Cristo en la figura de emperador universal del mundo; que cabalgando un brioso corcel blanco, pasaba revista á todas las naciones. Y como suelen los magistrados supremos llevar escrita sobre su pecho la autoridad que les compete; así llevaba el Hijo del hombre sobre su vestidura imperial y sobre su muslo aquella majestuosa inscripción de Rey de los reyes y Señor de los que mandan. *Et habit in vestimento, et in femore sus scriptum: Rex regum et Dominus dominantium.* El muslo significa su santísima Humanidad que por naturaleza y por derecho de nacimiento impera en todas las naciones. Mas en la vestidura imperial reconocen los intérpretes á la Iglesia Católica que se llama la túnica inconsútil de Cristo, quien por delegación, y como único Ministro de este Rey inmortal de los siglos, ejerce también la soberanía universal del mundo. Este poder supremo espiritual no es absorbente, no aniquila, no destruye las soberanías temporales sobre quienes impera, antes las robustece y fortifica; como la soberanía de la Nación no hace desaparecer la autoridad paternal de las familias, sino que las rodea de prestigio y honor. Esta ver-

dad católica es el fundamento de la política cristiana; y la negación de esta verdad es el error capital del liberalismo, fecunda raíz de todos los males y desgracias de este siglo.

Si para alguien es consoladora esta verdad de la soberanía de Cristo y de la supremacía espiritual de la Iglesia, lo es con especialidad para las naciones débiles, para los pueblos niños. Porque las naciones en su estado de independencia natural eran como bárbaras y salvajes, como lo son los hombres cuando no forman sociedad; y estaban expuestas á todas las consecuencias de la barbarie, á las injusticias, odios y guerras, porque no reconocían superior que las mande. Cristo que vino á civilizar al mundo, dió á las naciones una constitución divina en un Evangelio, y las reunió en sociedad estrechándolas con los vínculos de la religión, y El mismo se constituyó en príncipe de esta sociedad universal que se llama Iglesia Católica, á quien gobierna por medio de su Ministro, el Romano Pontífice. Ahora las únicas naciones bárbaras deben ser las idólatras que no forman parte de esta sociedad, ni se sujetan al suave yugo de su Libertador. Por medio de esta Constitución y de este gobierno divinos, ya no impera en el mundo la ley del más fuerte, ni el lobo se come al cordero, ni el león devora al cabrito. Ya no existe la monarquía de los asirios, ni el reinado de los griegos, ni el imperio de los romanos que conquistaban á los pueblos débiles, arrebatándoles su independencia y libertad, como los animales grandes se comen á los pequeños por la ley del más fuerte.

Este estado floreciente de la civilización fué anunciado por Isaías como uno de los prodigios que obraría en el mundo el Mesías Re-

dentor (Is. XI, 6). *Habitabit lupus cum agno: et pardus cum haedo accubabit*, los pueblos pequeños y débiles, como corderos y cabritos, estarán tranquilos en sus campos sin temer la vecindad de las naciones fuertes y poderosas como leones y tigres. *Vitulus, et leo et ovis simul morabuntur*, pueblos de distintas razas, idiomas y costumbres vivirán en amigable sociedad. *Et puer parvulus minabiteos*, y el Pastor universal á quien obedecerán todos será un pequeño niño, quien para indicar su pequeñez se llama *Servus servorum Dei*. Este es el reinado de la paz cantado por los Profetas, y en especial por el mismo Isaías (II, 4) cuando dice que en los tiempos del Redentor ya no habrá guerras, ni los pueblos usarán de armas, que entonces las espadas se convertirán en arados y las lanzas en hoces, porque no serán necesarios estos instrumentos de muerte. *Judicabit gentes et populus multos* dice el Profeta, mandará el Señor en las naciones, é imperará en multitud de pueblos: *et conflagabunt gladios suos in vomeres, et lanceas suas in fulces*, los instrumentos bélicos se convertirán en instrumentos de labranza: *non exercebuntur ultra ad proelium*, porque ya no habrá guerras. ¡Ah, dulce y suave imperio de Cristo y de la Iglesia que así amansa á las naciones! Mas, desconocida esta soberanía, y rechazado este imperio vuelven las naciones al estado de guerra. Entonces se presentan los conquistadores que quieren dominar al mundo, y desaparece Polonia, y son borrados del número de las naciones los Estados Pontificios. Entonces los reinos todos se preparan la guerra, y convierten los instrumentos de labranza en instrumentos de muerte, de los arados se hacen espadas y de las hoces lanzas. Ya no son

regados los campos con el sudor de la frente, que es el único riego fecundo; sino que es empapado el suelo con sangre humana que es riego de maldición que esteriliza la tierra y la hace dar voces al Cielo, pidiendo venganza contra la injusticia de los hombres.

Según esto ¿qué obra de patriotismo habrá comparable á la del Magistrado que reconociendo estas verdades, acata en su política la soberanía de Cristo y la supremacía espiritual de su Iglesia? ¿Qué mayor servicio le podrán hacer á la Patria los ciudadanos, que abjurar los errores del liberalismo, y aceptar sin reserva en la política los principios del Evangelio? Y en los tiempos que corren ¿no será un acto de virtud heroica y que da mucha gloria á Dios, el no avergonzarse de la Cruz, con una política francamente cristiana en medio de la apostasía universal de las naciones? Ah! el mejor uso de nuestra independendencia será el sujetarla al imperio de Cristo!

El acto más grande de adoración con que se glorifica en el Cielo al Verbo Encarnado, dice San Juan que es el echarle delante de su trono las coronas de los veinticuatro reyes que forman su corte. (Apoc. iv, 16). Y la mejor glorificación del Hijo de Dios en la tierra será imitar esta adoración del Empíreo, echándole á sus pies la soberanía nacional, y diciendo cómo le alaban esos veinticuatro reyes en el Cielo: digno eres, Señor Dios Nuestro, de que pongamos á tus plantas nuestra gloria, nuestro honor y nuestra fuerza, porque Tú has criado todas las naciones.

Si alguien me confesare delante de los hombres, dice Cristo en el Evangelio, (Math. x, 32), yo le glorificaré delante de mi Padre que está

en los Cielos. Esta promesa divina se cumple también en las naciones. Mas como éstas no pasan á la eternidad ni entran en el cielo, toda su glorificación tiene lugar en el tiempo y aquí en la tierra. La mano de Dios les corona con una diadema de lucientes estrellas que brillan sin eclipsarse jamás; mientras que toda la gloria que pueden darnos los hombres es comparable, á lo más, con una guirnalda de efímeras flores que se marchitan por la tarde. ¡Ah, hermanos míos! apetezcamos para nuestra Patria estas glorias inmarcesibles que sólo las puede dar Dios.

Sí, Divino Jesús! aquí tienes á esta República, niña todavía, que, representada por sus magistrados, viene hoy á postrarse á tus pies, para agradecerte de corazón la vida nacional é independiente que le diste. Y buscando alguna ofrenda que presentarte entre los dones naturales con que la has enriquecido, no encuentra uno más precioso que su soberanía. Y en gratitud y reconocimiento, se quita ahora esta corona de su cabeza, y la rinde á tus plantas. Tú eres nuestro Rey! Tú, nuestro Amo! La República toda es tu esclava! y nos gloriamos de esta servidumbre, porque sabemos que el servirte es reinar. Te pedimos que glorifiques á nuestra Patria, adornando sus hermosas sienes con esa diadema de estrellas que sólo saben fabricar tus manos! Que la religión, la justicia, el derecho, la paz sean los luceros que irradian siempre sus fulgores sobre la frente del Ecuador! Bendice también con especiales gracias al ilustre Magistrado que rige ahora los destinos de la Patria! El ha hecho brillar el arco-iris de paz en el cielo de la Iglesia Ecuatoriana, que mucho tiempo estuvo triste y cu-

bierto de negras nubes, con su buena armonía con los Pastores de esta provincia eclesiástica. Nosotros no tenemos con qué pagarle tan buenos servicios; pero Tú, rico en misericordia, córnale de gloria y honor! Y da siempre á la República magistrados sinceramente católicos, formados á la medida de tu Corazón, que encaminen á la Patria por la senda del verdadero progreso, para que esta Nación sea siempre tuya, sea tu heredad predilecta.—Así sea.

